que tenía; el cual le envió a decir lo mismo que antes le había dicho Nezahualpilli (que el demonio que se lo dijo al uno se lo debió de decir al otro) y enojado el rey de esta respuesta (porque no la quisiera tan agria y desabrida sino como dice el profeta Isaías, cosas de placer y gusto) mandóle echar la casa encima y que así muriese el adivino, porque si era verdad lo que decía, fuese el primero en quien se ejecutase, y de esta manera murió este mago por no querer complacer con razones contrarias a su rey.

CAPÍTULO LXXVIII. *De otras guerras y acontecimientos habidos en estos tiempos que ya iban en su fin y acabamiento estos reinos y señoríos indianos; y de un dicho notable del rey Nezahualpilli, de ver una liebre que se entró en su palacio, con cosas prodigiosas de este tiempo*

O PORQUE LOS PRODIGIOS FUESEN A MÁS, iban estos reyes en sus guerras a menos; antes por vencer los temores de los males que algunos decían que les pronosticaban eran más continuos en ir contra sus enemigos; y así se dice que el año noveno del imperio de Motecuhzuma salieron contra los icpatepecas que estaban rebelados y los redujeron al imperio y trajeron cautivos tres mil y ochocientos y sesenta, donde se mostraron de mucho esfuerzo y ánimo Tezozomoctzin, Machimaletzin, Tonecuiltonoltzin, Cipactzin y Izcuinantzin. Fueron también a Malinaltepec y a Izquixochtlan y de la primera provincia trajeron ciento y cuarenta cautivos y de la segunda cuatrocientos. Vueltos de esta guerra, fueron contra los tlaxcaltecas sus mortales y continuos enemigos; y acabada su guerra trajeron la presa (que siempre era en orden de esto), y el que más se señaló de los mexicanos en esta guerra fue Acuechetzin. Luego revolvieron contra los huexotzincas (que nunca se quietaban) y les cautivaron alguna gente y en este acometimiento hicieron muy memorables hechos dos señores tetzcucanos, llamados Acatlymacotzin y Huexotzincatzin. Pasaron a Atlixco a cuyo socorro fueron los huexotzincas y les prendieron los mexicanos ciento y sesenta cautivos y murieron de los señores mexicanos, en esta guerra, Imactlacuitzin, Tozomitzin, Quitotomatzin, Ilhuicatzin y Quezinquachic.

Por este mismo tiempo fueron los recaudadores de Motecuhzuma a la provincia de Cuetlachtla a recoger las cosas de su servicio; pero cuando los cuitlachtecas los vieron los recibieron mal y no con el respeto que otras veces, y no sólo paró su desacato en el mal hospedaje que les hicieron, pero pasó su atrevimiento a matarlos en menosprecio del señor que los enviaba. El motivo que tuvieron para hacer este atrevido hecho fue que muchos de ellos eran hechiceros, y en un lugar que ellos tenían cabado en la tierra, a manera de pozuelo, donde adivinaban, vieron unos hombres barbados, armados y a caballo y que los caballos estaban enjaezados y con pretales de cascabeles y que los mexicanos iban detrás de ellos cargados con huacales

y otros instrumentos de servicio; de lo cual coligieron la ruina próxima del imperio mexicano hecha por aquella gente valerosa que los había de avasallar y rendir; y pareciéndoles que ya se llegaba este tiempo y que su atrevimiento y desacato no sería castigado le cometieron; y aunque vino esta voz a las orejas de Motecuhzuma no los castigó luego; porque también le zumbaban en ellas el brío y cólera española que ya se le venía acercando, y con este cuidado que comenzaba a afligirle se descuidó de este agravio y aguardó al que la fortuna le iba urdiendo. Luego tembló la tierra el año siguiente y aqueste mismo año apareció en el aire un gran pájaro a manera de paloma torcaz, con cabeza de hombre, que pronosticaba la velocidad con que venían los que los habían de desaposesionar de sus reinos. Este mismo año cayó una columna de piedra grande, junto al templo de Huitzilopuchtli, sin saber de donde había venido, sólo se supo el haberla visto caer. Por este tiempo hacia la Mar del Norte se anegaron los tuzapanecas, con un diluvio que por ellos pasó y asoló sus tierras. En el pueblo de Tecualoia, en un lugar llamado Teyahualco, cogieron un ferocísimo animal de muy horrenda y espantosa hechura. En Tetzcuco se vino del campo una liebre y entrándose por la ciudad se metió en las casas del rey y no paró hasta llegar corriendo a lo más interior de su palacio, y queriéndola matar sus criados, dijo el rey Nezahualpilli: dejadla, no la matéis, que ésa dice la venida de otras gentes que se han de entrar por nuestras puertas sin resistencia de sus moradores. Fueron los ejércitos de estos reyes este año contra los xuchitepecas y icpactepecas que se habían rebelado y los vencieron y trajeron grandísima presa de ellos.

CAPÍTULO LXXIX. *De cómo el emperador Motecuhzuma hizo traer una piedra para los sacrificios, y lo que sucedió en su traída; y se cuentan algunas guerras que los tres reyes hicieron*

Así como había crecido la majestad del imperio en estos reyes mexicanos, así también se iban engrandeciendo en las cosas de su república; y los que de tan humildes principios habían subido a la cumbre de esta alteza referida ya no se contentaban con las cosas comunes que otros sus antecesores habían tenido por bastantes y suficientes; y con la presunción de ser más que otros, se les aventajaban a todos en todo cuanto podían; en especial este gran rey Motecuhzuma, que como era de muy aventajado corazón así eran muy aventajadas las cosas que hacía, mayormente en las de su falsa y detestable religión; que en éstas excedió a todos sus antecesores y se pudo decir entre los indios otro Numa como lo hubo entre los romanos el cual, después de haber hecho un muy grande edificio en el templo mayor, acrecentando sus cercas, salas y edificios y otros algunos templos, le pareció que para tanta grandiosidad era muy pequeña la piedra de los sacrificios donde los hombres que eran ofrecidos al demonio